

Sesión 7.a Extraordinaria, en Viernes 13 de Abril de 1945

SEGUNDA LEGISLATURA

(Sesión de 18 a 20 horas)

PRESIDENCIA DE LOS SEÑORES SANTANDREU Y BARRENECHEA

INDICE GENERAL DE LA SESION

- I.—Sumario del Debate
- II.—Sumario de Documentos
- III.—Actas de las Sesiones Anteriores
- IV.—Documentos de la Cuenta
- V.—Texto del Debate

I.— SUMARIO DEL DEBATE

1.—La Cámara rinde homenaje a la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Mr. Franklin Délano Roosevelt, fallecido en el día de ayer.

2.—Se pone en discusión el proyecto sobre declaración de duelo nacional con motivo del fallecimiento de Mr. Franklin Délano Roosevelt, ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, y autorización a S. E. el Presidente de la República para ordenar la erección de un monumento a su memoria, y es aprobado.

II.— SUMARIO DE DOCUMENTOS

1.—Oficio del Senado, con el que remite un proyecto de ley por el que se autoriza al Presidente de la República para decretar duelo nacional en homenaje a la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Délano Roosevelt.

III.— ACTAS DE LAS SESIONES ANTERIORES

No se adoptó acuerdo al respecto.

IV.— DOCUMENTOS DE LA CUENTA

N.o 1.—Oficio del Senado.

“N.o 1,259.—Santiago, 13 de abril de 1945. Con motivo del Mensaje que tengo la honra de pasar a manos de V. E., el Senado ha dado su aprobación al siguiente:

PROYECTO DE LEY:

“Artículo único.—Autorízase al Presidente de la República para decretar duelo nacional en homenaje a la memoria del que fuera ilustre Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Délano Roosevelt.

Artículo 2.o—Autorízase al Presidente de la República para ordenar la erección, por subscripción popular, de un monumento destinado a perpetuar la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Délano Roosevelt. Esta ley empezará a regir desde su publicación en el “Diario Oficial”.

Dios guarde a V. E.—(Fdo.): Hernán Videla.—F. Altamirano, Secretario”.

V.— TEXTO DEL DEBATE

I.—HOMENAJE A LA MEMORIA DEL EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA, Mr. FRANKLIN DELANO ROOSEVELT, FALLECIDO EN EL DIA DE AYER.

El señor SANTANDREU (Presidente) —Honorable Cámara, señores Representantes de los países amigos:

La Cámara de Diputados de Chile ha sido reunida en sesión especial para rendir tributo a la gloriosa memoria del hasta ayer Presidente de los Estados Unidos de Norte América: Franklin Délano Roosevelt.

—El estupor de los primeros momentos —al conocerse la infausta noticia— se transformó en la congoja más profunda, que invade en estos instantes al Gobierno, al Parlamento y al pueblo de Chile entero.

—Ese pesar que reina en nuestras almas se traducirá en el duelo nacional a que se refiere el Mensaje que en estos momentos se somete a vuestra consideración.

—Franklin Délano Roosevelt fué el artífice del triunfo de las fuerzas de la libertad contra la opresión, del espíritu contra la materia, de la democracia contra la tiranía, de la solidaridad contra el egoísmo.

—Su doctrina y su acción dieron nueva vida y sentido al panamericanismo, que nació y revive —por simbólica coincidencia— en la misma fecha en que sus restos mortales serán conducidos al reposo eterno.

—Roosevelt, después de forjar las armas de la victoria, estaba forjando las armas para ganar la paz, y asegurar —así— la armonía en la tierra a los pueblos y a los hombres de buena voluntad.

—Era éste, sin duda, su mayor anhelo, y por eso, un secreto instinto lo apresuraba a presidir la Conferencia que, en unos días más, se reunirá en San Francisco, y donde su noble y grande espíritu ha de influir —ciertamente— en las resoluciones que allí se adopten.

—La Cámara de Diputados de Chile guardará eterno recuerdo del gran estadista y ciudadano del mundo, ante cuya memoria me inclino reverente.

El señor CHIORRINI.—Pido la palabra.

El señor SANTANDREU (Presidente).—Tiene la palabra Su Señoría.

El señor CHIORRINI.—Honorable Cámara: Al elevar recogidamente mi voz en nombre del Partido Radical, en esta histórica sesión de la Cámara de Diputados de Chile, en homenaje al más grande de los desaparecidos de esta Guerra, no podría pretender, en modo alguno, aprisionar en escasas y angustiadas palabras la personalidad universal del gran mandatario desaparecido.

Apenas, pues, si añadido un acento más a los millares de ellos que hoy, en todos los idiomas del mundo y en todos los sitios de la tierra, se elevan al infinito, entonando el plañidero canto de una Humanidad en guerra que ve desaparecer al más grande, al más puro, al más noble, al más idealista de sus conductores.

No. No es posible hablar ahora sobre Franklin Délano Roosevelt, Presidente de los EE. UU. de Norteamérica, muerto en acto de servicio a la raza y el porvenir humano enteros. No es posible hacerlo con un trémulo de angustia ni con un nudo en la garganta. Hay que contentarse con que lo hagan por nosotros los millones de bayonetas esforzadas que hoy inundan la despótica tierra del Reich alemán; las miríadas de hombres y de proyectiles que se derraman como una oleada incontenible por tierras del Japón traidor y verdugo.

Pues todos esos hombres que por tierra, por mar y por aire están demoliendo las últimas fortalezas de la tiranía y el despotismo en el mundo de hoy, son la palabra, el aliento, el ademán mismo del gran desaparecido, el apóstol de ojos claros y sonrisa prodigiosa, que supo siempre hablar de paz, de justicia y oponer siempre su irreductible idealismo e infinita fe en el espíritu del hombre a la marejada mundial que pretendía ahogarlo todo al conjuro del odio, la violencia, la tiranía y el crimen mismo.

Grande, muy grande fué como ciudadano el Presidente muerto: grande el joven y apuesto aristócrata, Franklin D. Roosevelt, que dedicó al estudio, al servicio social, al combate contra la injusticia y el privilegio el tiempo y la fortuna que otros dedican al ocio o al placer personal. Grande, más grande aún el millonario joven y poderoso que hiciera de su vida una espiral de sacrificio metódico y de abnegación sonriente en aras del progreso social y económico de su pujante patria. Más, mucho más grande aún, el joven político que en la madurez más robusta y plena, después de haber sido por dos veces representante a la Cámara y el más brillante Subsecretario de Marina en plena Guerra Europea, sufre la derrota en la campaña vicepresidencial de 1920 y, a renglón seguido, como si el Hado quisiera probar su cuerpo después de haber probado su alma, descarga sobre él el golpe atroz de una parálisis repentina que convierte en un aparente inválido total al deslumbrador político demócrata, hijo de la fortuna y el prestigio social, destinado a todos los goces de la vida material.

Es entonces cuando, con la más sorprendente demostración de lo que puede el espíritu contra la materia y el temple del alma contra las asechanzas del Destino, ese inválido, prematuramente ilustre, lucha denoda-

damente contra su terrible mal y logra a fuerza de voluntad sobrehumana, ir adqui- riendo el control de sus miembros físicos y el sucesivo regreso a la Vida que le aguardaba trémula de oportunidades y responsabilida- des.

Desde allí, desde su sillón de ruedas y su piscina de aguas minerales, es donde comien- za a expandir la prodigiosa individualidad de Roosevelt, en marcha hacia un Destino que era el de su pueblo y era el de la Huma- nidad. Desde allí, sólo ayudado por su pro- digiosa compañera, alternando el estudio de la política y la historia y la economía con el paciente tejido de una verdadera red política al través de la Unión Americana, el inválido va volviendo a la existencia física y rena- ciendo a la vida política a fuerza de corazón y de fe. Es así como, siete años después del comienzo de su invalidez, triunfa, por gran mayoría, en las elecciones gubernamentales del Estado de Nueva York, y lleva a cabo en el Estado más importante de la Federación, una sensacional obra de gobernante poseído de orientación económica moderna y de es- tremecida sensibilidad social.

La depresión económica ha terminado con la era loca de la prosperidad y corren los años más trágicos de la historia norteamer- icana. La nación entera vuelve sus ojos ha- cia el ahora semi-inválido que con la sonrisa en los labios indica el camino seguro para sobreponerse a la catástrofe. Es entonces cuando, en la sima del caos económico y la desesperanza social, en 1932, cuando triunfa sobre el ingeniero Hoover por más de siete millones de votos y arrastra tras de su opti- mista palabra los electores de 40 de los 48 Estados que componen la democracia norte- americana.

Su discurso inaugural, el histórico mensaje radiado el 4 de marzo de 1933, es todo un programa de gobierno, toda una filosofía po- lítica, toda una concreta aspiración social y, lo que es más, toda una profesión de fe en la potencialidad y las reservas de la gran República del Norte y en la inmortalidad y la grandeza del régimen democrático. Es toda una revolución pacífica en la economía y la vida del pueblo norteamericano. Son, el Nuevo Trato en lo interno y El Buen Vecino en lo internacional. Son la NIRA en la industria y la Ley de Ajuste Agrícola en la Agricultura. Son la Reforma Monetaria y el Control Ban- cario. Son las múltiples, audaces, extraordi- narias medidas que, con una celeridad y un denuedo jamás visto en circunstancias pare- cidas en democracia alguna del mundo, toma el Presidente Roosevelt en los primeros me- ses de su gobierno hasta lograr, antes de un año, un cambio total en la subsistencia y el espíritu de la nación estadounidense.

No es hora de reseñar aquí su singular, vas-

tísima, ejemplar obra de gobernante. Tampoco sus sucesivos e impresionantes triunfos elec- torales sobre hombres como Alfred M. Landon, en 1936, de la talla mundial de Wendell Will- kie, en 1940, o de la combativa agresividad del joven Gobernador Thomas E. Dewey, en 1944. Menos aun sus brillantes estrategias políti- cas, su casi sobrenatural manejo de hombres y organismos. Pero es preciso recordar, si- quiera a modo de epitafio, la otra, la mayor grandeza de Roosevelt: su acción internacio- nal, su profunda influencia en los destinos del mundo actual, su decisiva intervención en la guerra que ya se extingue y en la paz que ya comienza.

Pues aquí es donde la personalidad de Franklin Delano Roosevelt alcanza contornos epopéyicos y explica que ahora, en el duelo más grande de la historia, hombres, mujeres y niños, de todo el mundo, de todas las ra- zas y todos los colores, lloren su partida como la del más querido de los suyos. Nadie había obtenido antes en la historia este plural ho- menaje de lágrimas de congoja. Y nadie tam- poco, por significativa paradoja del destino, había estado más vivo de lo que sigue estan- do él en el ánimo de los combatientes, en la voluntad de los demás seres humanos y en la esperanza a la par que en el destino de las naciones.

Precisa decir que si Roosevelt refunde y multiplica en su labor de gobernante el es- píritu y la acción de los más grandes amé- ricanos —Washington y Jefferson, Lincoln y Cleveland, el primer Roosevelt y Woodrow Wilson—, es en este otro campo, el interna- cional, en donde su figura alcanza contornos jamás igualados antes por nadie, en cuanto a proyección y pesos mundiales ni en su país ni en ningún otro a lo largo de la historia. Pues si Washington representa la primera gran etapa de la vida norteamericana, la In- dependencia, y Abraham Lincoln la segunda la Unificación Nacional, y Woodrow Wilson alcanza idealista y precursoramente a colum- brar la incorporación de los Estados Unidos a la paz y el futuro del mundo, es él, Fran- klin D. Roosevelt, quien cumple la tercera gran etapa histórica de una gran nación: la universalización de los Estados Unidos.

Así llega a ser la antítesis humana del ra- bioso y delirante Führer nazi. Así se yergue frente a él, sonriente y bondadoso, como la encarnación de las virtudes democráticas y la fe en la capacidad del progreso y del ideal del ser humano. Así es como sin un gesto de amenaza, pero tampoco sin rictus alguno de temor o de vacilación, se alza en toda su es- tatura de líder de una gran nación frente al autócrata paranoico que pretende esclavizar al mundo por la fuerza y hacer retro- ceder la humanidad a la vida cavernaria.

Es él, el semiinválido, de sonrisa subyuga-

dora, de voz musical y cigarrillo amistoso quien se opone a la más tremenda máquina de guerra y de opresión que haya soñado jamás el hombre.

Y es él, quien da inspiración y vida a la Carta del Atlántico. El, quien influye hábito histórico a la Declaración de las Naciones Unidas, cuando, el 2 de enero de 1942, la traición japonesa había herido a la gran democracia del Norte. El, quien logra en Casablanca soldar en definitiva la total unión militar y política de las democracias sajonas en contra del enemigo común. El, quien puede, en el Cairo, unir a la milenaria China a los destinos del mundo que nacerá después del conflicto, él, en fin, quien se eleva a las cimas de la historia al tender su mano leal al Mariscal Stalin y dar en Teherán el pasó definitivo que acabará con el vesánico enemigo. Y, por último, él, siempre él, quien, trabajando con el signo de la muerte que afloraba inconteniblemente a sus mejillas, rubrica en Yalta, en Crimea, de su puño y letra, la imagen del nuevo mundo de paz, de cooperación y de solidaridad que pronto, en San Francisco, con la cooperación de Chile, será jurídica y moralmente dado a luz.

Honorable Cámara:

Vuelvo a repetir:

Es imposible aprisionar dentro de las palabras todas la magnitud de la excelsa personalidad del primer demócrata que con su desaparecimiento ha enlutado al mundo entero.

El Partido Radical, conturbado por la emoción y ante lo inexorable de la fatalidad, promete solemnemente, como su mejor homenaje, seguir luchando por los principios que sembrara en el mundo Franklin Delano Roosevelt, para que un día los hombres puedan ser libres, iguales y hermanos.

He dicho.

El señor SANTANDREU (Presidente).—Tiene la palabra el Comité Conservador.

El señor ALDUNATE.—Pido la palabra.

El señor SANTANDREU (Presidente).—Tiene la palabra Su Señoría.

El señor ALDUNATE.— Señor Presidente:

El fallecimiento del Presidente de los Estados Unidos don Franklin D. Roosevelt a la temprana edad de 63 años no sólo constituye una desgracia irreparable para esa gran nación, que había confiado a su capacidad, inteligencia y carácter la gran responsabilidad de dirigir sus destinos en los momentos más críticos de su historia, sino que también representa para la humanidad en general y para los países de América en especial, una pérdida sin precedentes, que abre un terrible interrogante para el destino de muchas naciones.

La personalidad del Presidente Roosevelt había alcanzado ya contornos de carácter inter-

nacional. Rompiendo todos los moldes y precedentes de la democracia norteamericana y de otras democracias del mundo, aquel pueblo le había reelegido como su Presidente en cuatro oportunidades sucesivas; y fuertes y poderosas razones tuvieron que influir para que ello ocurriera. Durante ese largo período se produjeron hondas crisis comerciales que conmovieron hasta sus cimientos la estabilidad económica de los países y de los particulares; surgieron nuevos y profundos conflictos de orden social, cuya solución armónica parecía imposible de alcanzar; se desencadenó la más terrible y despiadada de las guerras, que llegó a comprometer a casi todos los países de la tierra y que arrastró en su torrente de sangre y destrucción a naciones indefensas y a hombres, mujeres y niños que no formaban parte de los ejércitos combatientes y que en guerras anteriores siempre habían sido respetados y colocados al margen de las operaciones bélicas. Todos estos problemas recaían directamente sobre los Estados Unidos de Norte América, país que por su importancia e influencia mundial, no podía verse libre de sus consecuencias, y a todos ellos tuvo que hacer frente el Presidente Roosevelt con energía, con carácter y con tal acierto que el pueblo norteamericano cada cuatro años volvía a renovar su confianza.

Y esto se comprende, porque la nación americana tuvo en él al gran estadista, al hombre que con la mirada colocada siempre en lo alto inspiraba sus actos y decisiones en su inmenso idealismo y en los nobles principios humanitarios que caracterizaban su personalidad; porque aplicó a la resolución de los graves problemas que se le presentaron, la ley, la equidad y la justicia y, porque supo como gobernante, contrariando muchas veces su propio pensamiento, respetar en todo instante la Carta Fundamental que rige la organización de la gran nación del Norte a cuya sombra ese país se ha desarrollado y ha adquirido su prosperidad e importancia.

Pero la personalidad del Presidente Roosevelt rebalsaba los contornos del mandatario de una nación. Comprendía la responsabilidad que cabía al país más rico y poderoso del mundo en la paz que todos anhelaban, en el mantenimiento de los principios de libertad y democracia tan necesarios para una sana convivencia humana y en la prosperidad y bienestar de naciones más débiles y pobres que también tenían el derecho de aspirar a una vida mejor.

Y con este amplio y generoso programa en su mente, puso toda su voluntad y energía y la de su pueblo que lo siguió con ejemplar abnegación y sacrificio, al servicio de la humanidad entera, y en forma muy especial al de estas Repúblicas sudamericanas, a fin de que sus habitantes pudieran ver reinar en ellas la

paz y mantenida su soberanía, independencia y prosperidad económica.

Su desaparecimiento nos llena ahora de tristeza y de pesar, y frente a esta gran desgracia nosotros los diputados conservadores esperamos que Dios, a quien él siempre invocó en los momentos más trascendentales de su vida, ha de otorgarle el premio que merecen las buenas acciones y los buenos hombres.

El señor SANTANDREU (Presidente).— Ofrezco la aplabra al Comité Liberal.

El señor ATIENZA.— Pido la palabra, Sr. Presidente.

El señor SANTANDREU (Presidente).— Tiene la palabra Su Señoría.

El señor ATIENZA.— Señor Presidente de la Honorable Cámara; señor Decano del Cuerpo Diplomático; señor Embajador de los Estados Unidos de América; señores representantes de países amigos; señores Diputados:

¡Civis Totius mundi! Soy ciudadano del mundo. Y, en verdad, nadie mejor que el Mandatario, cuya partida definitiva ahora lamentamos, pudo haber llevado con orgullo y sobrado motivo el iusto título de ciudadano del mundo.

Su labor, su empuje, su trabajo, su afán incansable de unir a las gentes y a los mundos, ese espíritu de solidaridad superior que como pocos él conjugara permiten declarar esta tarde, solemnemente, que el ex Mandatario, cuya pérdida el mundo lamenta, fué, efectivamente, ciudadano de todo el mundo.

Con el apoyo de una abrumadora mayoría de sus conciudadanos llegó a ocupar la Presidencia de la primera República del mundo. Entonces se da a la tarea, impropia y enorme, de reducir la cesantía en ese país, que se deja sentir terriblemente; el país está agobiado por una de las mayores crisis económicas que registra la historia. Son muchos los millones de hombres que han ido a los campos de batalla y que, a su vuelta, reclaman, con la dignidad del ciudadano norteamericano, no un subsidio de guerra, sino una ocasión para un trabajo honrado y enaltecedor, que les permita vivir dignamente. Y esto lo demanda el pueblo norteamericano en las calles y en las plazas, en los campos y en todas partes. Y Franklin Délano Roosevelt se da a la tarea grandiosa, superior tal vez a las fuerzas de un hombre de contrarrestar y dominar esta crisis, dándole trabajo al pueblo y levantando al país.

De aquí emana esa política económica nueva que él proclamara: el "New Deal", una de cuyas manifestaciones más importantes para restablecer tanto la industria como la agricultura, el comercio y todas las demás actividades productoras de esa gran Nación, fué lo que nosotros abreviadamente conocemos con el nombre de "NIRA", que representa

esa ley económica, que es "The New Industrial Recovery Act."

De este modo este hombre ejemplar, con esfuerzo, con decisión; con ese carácter y esa fe que siempre puso en todos los actos de su vida, consiguió lo que pretendía. Así vemos, entonces, que, poco a poco, la crisis se va amortiguando y el pueblo norteamericano empieza a engrosar las filas del trabajo, de la agricultura, de la industria y del comercio, resurgiendo con más vigor la potencia económica de ese gran país.

No se detuvo aquí la labor de este ciudadano eminente. Quiso también, dentro de ese buen afán de solidaridad social e internacional, conjugar cordialmente la política de la "Buena Vecindad", de la cual él con su esfuerzo y su tesón se ofrece como su mejor paladín. Entonces declaró, "URBI ET ORBI", en todas partes, que deseaba que los Estados Unidos fuesen una hermana mayor en la familia de las Repúblicas americanas, y que los pueblos pequeños de la América, como los de cualquiera otra parte del mundo tenían, derecho a sus libres destinos y a ser respetados por los demás: levantando Estados Unidos, por su inspiración honda y humana esta bandera fraternal de la redención social e internacional, que proclama cordial y sinceramente la reafirmación de política de la buena vecindad.

Y luego, señores, falta todavía otro tramo para jalonar en forma acabada y perfecta la vida de este hombre ejemplar: y ese es, señores Diputados, este gran acontecimiento en el cual se toca ser el actor principal: me refiero a la colosal hecatombe que estremece en estos instantes todos los ámbitos del mundo y que ha puesto en peligros, sin fin, las bases y los principios de la verdadera democracia.

Roosevelt enfrenta situación tan preñada de problemas de toda índole con la decisión y el coraje que le son característicos. Tiene que sobreponerse a muchas dificultades, tiene que vencer muchos intereses; pero, a pesar de todo, una República netamente pacifista se siente obligada a prepararse para el combate, a tomar las armas y lanzarse a una guerra en redención del mundo, en afán de conquistar definitivamente la libertad en el orbe y afianzar los conceptos y los postulados exactos y precisos de una buena democracia, y de las proyecciones que significan vivirla como corresponde.

Esta es, dicha en pocas palabras, señor Presidente, la labor de este hombre ejemplar. Y ésta es; precisamente; la desgracia que aflige a la Humanidad: es la desgracia que acongoja al mundo entero, porque, como si hubiera existido un hado maligno, este hombre que forjara seguramente, con su esfuerzo y su

tesón, desde su patria querida, la paz del mundo del mañana, no tuvo la ambicionada suerte de verla conseguida, a través de un esfuerzo titánico y magnífico que pocos hombres como él, ofrendarán con el sacrificio de su propia y valiosa vida.

Señor Presidente, el Partido Liberal se asocia, por mi modesto intermedio, al gran duelo que no sólo aflige a la gran República del Norte sino al mundo entero; acepta cordialmente el proyecto del Ejecutivo, que en este momento traduce mejor que nunca el sentimiento de todo el país, al proponer la elevación de un monumento al egregio ciudadano del mundo; cuya partida todo ser consciente lamenta; y en instantes de tanta angustia y pesar como se ve envuelta la gran nación americana, quiere hacerle llegar al digno intérprete entre nosotros de los Estados Unidos, de América, Mister Claude G. Bowers, los sentimientos más sentidos de condolencia, frente a la enorme desgracia que es irreparable, pero que a través de ella habrá de permitir en el futuro, como un homenaje a la memoria del gran apóstol, que podamos conseguir la paz que él afianzó con su trabajo y con su sacrificio. ¡Ojalá, Dios mediante, pueda ser que esto sea lo imperecedero de su obra: la paz definitiva del mañana que esperamos sinceramente, con decisión y con fe, libre de muertes y de sangre, de destrucción y de metralla, para salud y gloria de una Humanidad mejor.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Oírezco la palabra al Comité Progresista Nacional.

El señor BERMAN.— Pido la palabra, señor Presidente.

El señor SANTANDREU (Presidente).— Tiene la palabra el Honorable señor Ber-

El señor BERMAN.— Señor Presidente, Excmo. señor Embajador de los Estados Unidos de Norte América, Honorable Cámara:

El Partido Comunista, por mi intermedio, participa del pesar, del dolor y del duelo que afligen a la Humanidad progresista, por el sensible fallecimiento de Franklin Délano Roosevelt, uno de los tres grandes de este siglo.

Y es mayor nuestro luto, y es mayor nuestra pena, porque esta desgracia, la más grande que ha sufrido la generación actual, ocurre en el momento en que nos aprontamos, todos para la victoria definitiva de las fuerzas democráticas sobre las fuerzas fascistas.

Las Naciones Unidas, después de detener el avance arrollador del hitlerismo cruel y criminal en la epopeya soviética de Stalingrado, sumaron muchos triunfos militares, diplomáticos y políticos y consolidaron con gran sentido de responsabilidad las posiciones democráticas. Para ello contaron siempre con la ini-

ciativa, con el estímulo, con la orientación, con la buena voluntad y con el optimismo sereno, jovial y profundamente humano de Franklin Délano Roosevelt, ligado a los más grandes acontecimientos y a las más grandes resoluciones que adopta el Mundo en estos días en sus anhelos de superación, de justicia, de paz y de bienestar.

Estados Unidos de Norte América, hermano mayor de los países latino americanos, tuvo en el Presidente Roosevelt, por cuarta vez Presidente, un estadista de larga y profunda visión, que desbordó las fronteras de su patria y dejó su huella impecedera en las más altas cumbres de la Historia Moderna.

Nunca olvidaremos su New Deal ni sus atrevidas incursiones en favor de los derechos obreros, en un país esencialmente capitalista de espléndido standard de vida, lo que posibilita el goce pleno de la democracia. Tampoco olvidaremos el apoyo sin ninguna limitación a Gran Bretaña y en seguida a la URSS, contra la Alemania Nazi. Después de la traición de Pearl Harbour, se extiende la guerra contra el Japón y Roosevelt convence a su pueblo y obtiene su confianza para movilizar toda la estructura económica y a todos los soldados marinos y aviadores entre los que se encuentran sus cuatros hijos, al servicio de la democracia y de la victorial final.

Y cómo olvidar su Política de Buen Vecino que creó en América un nuevo sentido de Unidad, de solidaridad y cooperación entre las Naciones del Continente, y que hizo alejar, ojalá para siempre, el espíritu del Imperialismo económico, político o militar.

La carta del Atlántico, Teheran, Crimea y también San Francisco, constituyen las piedras blancas de mayor relieve en el camino recorrido por el Presidente Roosevelt, junto a los otros dos conductores de la guerra victoriosa y de la paz duradera; el Mariscal Stalin y el Premier Churchill.

¡Qué inmensa es la carta del Atlántico! Anuncia: libertad de palabra, libertad de cultos, libres de miseria, libres de temor.

¡Qué grandiosa es la declaración de Teheran! Dice; "Todos los pueblos del mundo podrán vivir sus vidas en forma libre sin ser alcanzados por la tiranía y de acuerdo con sus diversos deseos y su propia justicia".

¡Y la seguridad de Yalta! Se trazaron los planes de Paz y seguridad para un mundo verdaderamente democrático y progresista sin fascismos y sin motivos para nuevas guerras.

Y la Conferencia Mundial de San Francisco. Vigilará los últimos estertores del nazifascismo hasta llevarle a la rendición incondicional y conducirá a feliz término la obra de los Tres Grandes, inspirada en la Unión Nacional de todos los patriotas antifascistas.

Para finalizar, unas propias palabras del Presidente Roosevelt:

"No ha habido nunca, no la hay ahora ni habrá nunca raza alguna llamada a ser la dueña de sus semejantes. El Mundo no necesita ninguna Nación que por su tamaño, o su poderío militar, afirme el derecho de extender la fuerza mundial de su máquina militar sobre los cuerpos de otras naciones y de otras razas".

Creemos que toda Nación por pequeña que sea, tiene un derecho inherente a su nacionalidad.

Nunca en toda nuestra historia hemos tenido los americanos ante nosotros una visión más valiosa. Ojalá pueda decirse de nosotros en los días futuros que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos se pongan de pie y nos bendigan.

Hoy día la Humanidad se pone de pie y bendice el recuerdo del que se llamó en vida Franklin Délano Roosevelt.

He dicho.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Ofrezco la palabra al Comité Socialista

El señor TAPIA.— Pido la palabra.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Tiene la palabra Su Señoría.

El señor TAPIA.— Señor Presidente; Excmo. señor Embajador de los Estados Unidos de Norte América, Honorable Cámara:

Las grandes emociones de cualquiera de los pueblos del Continente son ya sentidas en estos días, por todos sus hermanos de esta parte de la tierra. Por eso, el inmenso dolor que hoy sufren los Estados Unidos es compartido con igual intensidad, por las naciones de las tres Américas. Y este sentimiento de pesar es tanto más hondo y duradero cuanto que en estos instantes, lamentamos la pérdida irremediable de uno de los hombres que más efectivamente han contribuido a fortalecer los lazos de unión y de solidaridad continentales: Franklin Délano Roosevelt.

El Partido Socialista de Chile, que desde su nacimiento ha propiciado una política internacional de comprensión y de colaboración digna y equitativa entre la América Latina y la Anglo Sajona, experimenta, en especial, el rudo golpe que ha recibido todo lo mejor del país, ante el deceso inesperado y desconcertante del más preclaro líder de la Buena Vecindad. Nuestra organización inclina respetuosamente sus banderas y entorna, en silencio, las puertas sencillas de todos los corazones de sus militantes. Sus parlamentarios aprueban el natural Mensaje del Poder Ejecutivo y se asocian, con sinceridad, al inevitable duelo nacional, que existe ya no sólo por el mandato de una ley, sino por la fuerza misma de los acontecimientos. El Partido Socialista expresa también su más sentida manifestación de condolencia

a todo el pueblo norteamericano, a través de la persona de su digno representante y tan estimado amigo nuestro, el Excelentísimo señor Claude G. Bowers.

Señor Presidente: la desgracia que hoy aflige a todo el mundo amante de la libertad y de la justicia, viene a mostrarnos una vez más, la trágica circunstancia de que los más legítimos y prominentes impulsores de las mejores causas humanas no alcanzan a ver con sus propios ojos la realización de sus más caras aspiraciones y nobles sentimientos, y de que son sus más afortunados discípulos los llamados a concretar la obra del Maestro. Así es como viene a nuestra memoria el ejemplo de Cristo, que entregó su vida por sus ideales y cuyos principios sólo prosperaron después de su muerte, para mantenerse durante siglos, gracias a la abnegada labor de sus verdaderos continuadores. También está escrita en nuestro Continente la página humana de Francisco Miranda, el más grande y eminente precursor de la independencia de nuestros pueblos y primer ideador del panamericanismo, sacrificado en plena lucha contra la opresión colonial y cuya causa vino a triunfar una vez que siguieron la ruta que él trazara, sus más destacados discípulos, Bolívar, San Martín y O'Higgins. Y en el propio suelo de Roosevelt, tenemos el índice de Lincoln, generoso paladín de la abolición de la esclavitud y de la unidad de su país que cayó asesinado en el momento mismo en que se iniciaba la edificación de la convivencia que él preconizara, y que tan doloroso alumbramiento tuviera.

Estos ejemplos recién recordados nos reconfortan en nuestro pesar y nos hacen alentar la esperanza de que los mejores discípulos de Franklin Délano Roosevelt —como el más valioso homenaje a su memoria— habrán de mantener la victoria de su gran causa en el mundo de la postguerra. Ellos tendrán que pensar que el extraordinario cerebro y el noble corazón que ayer se paralizaron trabajaron, incansablemente, durante sesenta y tres años para la felicidad de su país, para el bienestar de toda América y para la superación de la Humanidad.

Ellos deberán tener presente en todo instante, que sólo por el bien de sus semejantes y por sincero amor a los más desamparados de la sociedad, Franklin Délano Roosevelt implantó el "New Deal" en su país y empezó el término de la dominación, odiosa y absorbente, en la política internacional y en la convivencia americana, en especial. En las futuras conferencias de la paz —que indudablemente serán presididas por su augusta figura moral— no podrán adoptarse otras resoluciones que aquéllas que se basen en los principios de equidad y de cooperación entre los pueblos, que sostuvo, inalterablemente, el egregio apóstol, que dentro del

enorme sacrificio de millones de hijos de las Naciones Unidas entregó hasta su propia existencia por hacer desaparecer las causas que posibilitaron la peste del fascismo en el mundo.

Señor Presidente, Honorable Cámara: el gran Presidente del pueblo americano preside hoy ese heroico país internacional de los muertos de la guerra de la civilización contra la barbarie, del bien contra el mal, del hombre contra la bestia. El seguirá presidiendo, también, por derecho propio, a los hombres que, en vida, continuarán luchando, sin rendirse, por la victoria de la paz permanente, de la justicia social y de la solidaridad humana.

He dicho.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Ofrezco la palabra al Comité Democrático.

El señor VENEGAS. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Tiene la palabra Su Señoría.

El señor VENEGAS. — Señor Presidente, señor Embajador de los Estados Unidos de Norte América, Honorable Cámara: el Partido Democrático de Chile, por mi intermedio, se asocia sinceramente a este homenaje que la Honorable Cámara de Diputados chilena rinde en estos momentos a la memoria del más preclaro de los ciudadanos del mundo, Mr. Franklin Délano Roosevelt.

Ayer, a mediodía, parece que se hubiese paralizado el tronar de los cañones. La agitación en el mundo de la guerra paralizó por un instante la brega fratricida para recibir la honda y desconcertante noticia de que había muerto el campeón de la Democracia.

Ha muerto, señor Presidente, el defensor de la paz, el propugnador de una vida mejor para el mundo.

Nosotros los chilenos hemos sufrido también esa especie de colapso que producen las noticias tristes, y han sido muchas las lágrimas que han rodado de los ojos de los hombres proletarios al ver desaparecer al amigo de los pobres, al defensor de los pueblos chicos, al amigo sincero y leal del pueblo chileno; a ese hombre que en sus conferencias manifestara la necesidad de proteger a estos países alejados de la Europa, que necesitan vivir una vida mejor para desenvolver sus posibilidades naturales.

Es por esto que en estos instantes la Cámara de mi patria rinde homenaje al más grande de los ciudadanos del mundo, como lo dijera con toda propiedad mi Honorable colega señor Atienza.

Yo espero y pido que, como una ofrenda simbólica, los representantes del Congreso chileno a la Conferencia de California, lleven un ramo de flores rojas, arrancado de las copihueras nuestra flor indígena, símbolo de redención democrática, símbolo de liberación de un pueblo oprimido; el pueblo araucano, y lo depositen a los pies de la gran compa-

ñera de Franklin D. Roosevelt, Mrs. Roosevelt, que en estos momentos de congoja ha enviado un mensaje poderoso y fuerte, propio de la mujer americana, comunicando a sus hijos, que luchan en los diferentes frentes de batalla, el fallecimiento de su padre, y exhortándolos a que sigan cumpliendo con su deber, como él lo supo hacer hasta el momento en que se cerraron sus ojos.

Nada más, señor Presidente.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Ofrezco la palabra al Comité Independiente.

El señor ECHAVARRI. — Pido la palabra, señor Presidente.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Tiene la palabra Su Señoría.

El señor ECHAVARRI. — Ha muerto uno de los hombres sencillamente geniales de nuestro tiempo.

No envenenó a la humanidad con teorías deslumbrantes.

No halagó los bajos instintos del hombre.

No ofreció un paraíso a cambio de un uniforme.

Supo comprender dónde vivía y en qué momento le correspondía actuar. Y vivió y actuó, como lo que realmente era: como el primer ciudadano de una nación muy poderosa.

Comprendió sus deberes para con su país y para con la humanidad, y murió en el fiel cumplimiento de ellos.

Tuvo siempre abiertos los ojos del espíritu y con ellos vió anticipadamente que su país tenía que hacer un gran sacrificio; que tenía que pagar una altiva contribución de sangre hoy, para no verse obligado a entregar mucha más sangre, con humillación, mañana. Con la sencillez del gobernante inteligente y auténtico, convenció a su pueblo de que debía ir a la guerra, que tenía que abandonar momentáneamente sus comodidades para no perder su dignidad. Y su pueblo, como era natural, al saberlo honrado, leal, sacrificado y limpio, lo siguió, confió en él y le pidió entregar su vida a la causa de la humanidad.

¡Honor al gran pueblo norteamericano que supo colocar en el cargo de mayor responsabilidad al que más sensiblemente sentía la responsabilidad!

Nuestro agradecido y perenne recuerdo para el amigo de todos, que fué Franklin D. Roosevelt.

Su muerte es duelo universal; llcna de dolor a todos los chilenos.

El señor SANTANDREU (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor Tomic.

El señor TOMIC. — Señor Presidente: En una montaña de los Estados Unidos se graba, desde hace años, sobre la roca, los rostros de cuatro grandes norteamericanos: Washington, Jefferson, Lincoln y Franklin D. Roosevelt. Allí están, transformada su memoria en símbolo, velando por el destino de su pueblo. Velando por que los Estados

Unidos permanezcan fieles a sí mismos, sirviendo ese destino que Jefferson definió una vez diciendo: "No nos interesa la libertad como una causa solamente nuestra, sino como causa de toda la raza humana".

Ese mismo, que más tarde reafirmara Andrew Jackson: "La Providencia nos ha escogido como guardianes de la libertad para preservarla a beneficio de todo el género humano".

Ese mismo que Lincoln llamó más tarde "la última buena esperanza sobre la tierra". Y que el propio Lincoln, hablando sobre la tumba de los caídos en Gettysburgo, resumiera en palabras que no debieran morir nunca en el corazón de los Estados Unidos: "Comienza ahora nuestra gran tarea: la tarea de honrar a nuestros muertos amados, sirviendo con toda nuestra devoción la causa por la cual ellos perdieron la vida; la tarea de impedir que hayan ellos muerto en vano; la tarea de hacer de nuestra nación, con la ayuda de Dios, una nueva cuna para la libertad del mundo; la tarea de que el Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, no perezca jamás sobre la tierra".

Desde lo alto de la montaña americana Franklin Roosevelt dará testimonio permanente de haber sido fiel a este impresionante mensaje; y en cierta medida, de haber ensanchado y profundizado el símbolo de la libertad.

¿Cómo medir su gigantesco espíritu? ¿Cómo ensayar de comprender su obra poderosa y multiforme? ¿Cómo intentar de adivinar el destino final que tendrán para la vida humana en esta tierra las fuerzas que Roosevelt desencadenó; las potencias que Roosevelt detuvo; los hechos que Roosevelt creó...?

Ayer, ¡sólo ayer!, era un hombre entre nosotros. Y hoy, ¡apenas hoy!, es un símbolo alzado en frente nuestro. ¡Qué inútil resulta en tales circunstancias querer desentrañar hoy el sentido, la naturaleza y la magnitud de la obra de Roosevelt! Podemos estar ciertos que por muchos decenios, por muchas sucesivas generaciones, se estudiarán y se discutirán, y se gozarán y se padecerán los múltiples y encontrados efectos de las ideas y los hechos que el genio de Roosevelt, su voluntad y su generosidad han echado a rodar como ola gigantesca sobre el acontecer de la historia humana.

Además, señores, perdonadme si esta tarde puedo ser otra cosa que un hombre sencillo y angustiado. Como rasga el relámpago la oscuridad, así descubrí ayer de una manera súbita, algo que ignoraba mientras Roosevelt vivió. Así descubrí ayer, como hombre de mi tiempo, como ciudadano de América, como cristiano que sueña con un mundo en que la Verdad y la Caridad hagan al hombre más justo, más bueno y más feliz, cuánto importaba para mi vida la vida del hombre que murió ayer!!

Me he vuelto estremecido para mirar las cosas que él amaba y por las cuáles luchó llegando a darles una avanzada forma. ¡Eran las mismas cosas que nosotros amamos, las mismas con que soñamos, las mismas por las cuáles quisiéramos poder luchar con mayor eficacia! ¿Cuál será su destino, muerto ahora el gran paladín...?

No tengo en mi mente conceptos claros sobre nada de esto. ¡Si apenas ha muerto ayer aquél en quien confiábamos...!! No es hora de serenidad y de juicios mesurados y discretos. Siento

mi corazón agitado, no por la desconfianza, pero sí por la angustia. ¡Las causas que él sirvió...! Ese formidable movimiento que desencadenó en los Estados Unidos en 1932 para darle a la Democracia una nueva dimensión, económica también, además de propiamente política. Esa Democracia social implícita en el "New Deal" como medio de combatir y de vencer no sólo la cesantía, no sólo la paralización industrial norteamericana, no sólo el decrecimiento del comercio internacional norteamericano, sino sobre todo como medio de afirmar la confianza del pueblo norteamericano en su propio destino; como fuerza moral en la lucha contra la desesperación y el abatimiento que querían infiltrarse en una nación que miraba con asombro deshacerse entre sus manos ciertos mitos económicos del individualismo capitalista. Todos sabemos que esa lucha por una Democracia de contenido más amplio, que garantiza a las grandes multitudes las "cuatro libertades", esa lucha aún no ha terminado. Ni en el mundo ni en los Estados Unidos... ¿Qué será de ella, qué será de nuestros sueños, ahora, después de muerto Roosevelt...?

Los americanos del Sur, los 140 millones de seres humanos que vivimos en la inmensidad de la América Latina, sabemos qué grado de visión, de generosidad y de coraje fueron necesarios para que Roosevelt transformara en una política dinámica, de contextura moral y jurídica propia, la política de la "Buena Vecindad". A pesar de las poderosas resistencias interiores, a pesar de la desconfianza acumulada en varias generaciones entre los hombres del Sur, a pesar de todos los intereses lanzados para oponerse al éxito de la nueva política, la pasión de Roosevelt, el genio creador de Roosevelt, la pureza e integridad del alma de Roosevelt, se abrieron paso en el hielo de las Cancillerías, penetraron los gruesos muros de los palacios de Gobierno de los pueblos latinoamericanos, y ganaron el ancho y generoso corazón de la juventud y de las multitudes populares, aquí, en el Continente Sur.

Todos sabemos cuánto está en juego en la persistencia o en la anulación de los principios morales, jurídicos y económicos que definen a la "Buena Vecindad".

Y esta tarde, que no es tarde de serenidad yo siento que la América Latina, con un vago sentimiento de inquietud se pregunta: "¿Qué quedará de ella, qué será de nuestros sueños, ahora, después de muerto Roosevelt?"

Casi no hay hombres y mujeres en la tierra, de los que anhelan la libertad y el derecho a vivir una vida decente y propia, que no sepan en qué medida el genio de Roosevelt, su impetuosa generosidad, y su voluntad de hierro crearon las condiciones internas necesarias en los Estados Unidos de Norte América, para que el pueblo norteamericano venciera las increíbles resistencias acumuladas para aceptar que esta guerra no se hacía por Danzig, no se hacía por los Sudetes, no se hacía por vencer a un pueblo en beneficio material de otro, sino que era una guerra, en que se estaba jugando el destino de la libertad sobre la tierra, el destino del hombre y el de la civilización cristiana.

Para que el pueblo americano aceptara ver en ella lo que la soberbia demoníaca de Hitler puso en su dramático desafío al mundo de occidente

en su famosa proclama del 10 de mayo de 1940, cuando lanzó a su ejército sobre Holanda, Francia y Bélgica: "vamos a decidir por mil años el destino de la Humanidad".

Roosevelt aceptó el desafío. Y lo hizo aceptar al pueblo norteamericano, es decir a la mayor nación sobre la tierra. Lo demás todos lo sabemos. El peso gigantesco de las armas norteamericanas; la prodigiosa capacidad de sus industrias; la irresistible fuerza moral de su prestigio y de su influencia sirvieron para detener, para abatir, para derrotar, en Oriente y en Occidente al Totalitarismo.

Todos sabemos éso. ¿Pero cómo olvidar lo que esperamos...? ¿Cómo olvidar que en la redondez entera de la tierra millones y millones de seres humanos, los muertos y los vivos, ¡y también los que no han nacido todavía!, necesitan que la paz que viene detrás de la guerra sea una paz moral, para que sea duradera; sea una paz justa, para que sea duradera; sea una paz cristiana, para que sea duradera...? Y aquí estamos hoy, en la hora de la angustia, pensando: "¿Qué será de nuestros sueños, del sueño entero de la Humanidad detenida en los umbrales de la Paz, ahora, después que ha muerto Roosevelt?"

Por eso, señor Presidente; por eso, honorables colegas, tenéis que perdonarme si esta tarde pensando en lo que amamos, yo y vosotros, pensando en nuestra Patria, en nuestra América, en el mundo que debe nacer después de la hecatombe, sólo sienta deslizarse balbuceantes en mi corazón las palabras con que Whitman lloró la muerte del gran Lincoln; las mismas que tan hermosamente citaba el Embajador de los Estados Unidos esta mañana; las mismas que centenares de millones de hombres y de mujeres— ¡los afligidos; los que han perdido todo y conservan un rayo de esperanza; los que lloran y piden justicia y consuelo; los que sueñan con un mundo mejor; los buenos de esta tierra!— repiten con el corazón estrujado y con un amargo sabor de lágrimas:

"¡Mi Capitán, Oh, mi Capitán...!"

El señor SANTANDREU (Presidente). — Tiene la palabra el Honorable señor Ibáñez.

El señor IBÁÑEZ.— Honorable señor Presidente:

Quiero asociar el movimiento obrero de Chile, como Secretario General de la Confederación de Trabajadores, al homenaje que en el día de hoy se rinde al ilustre Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Honorable Franklin Dé-lano Roosevelt, fallecido ayer.

De muy pocos hombres puede decirse que sirvieron a la humanidad en la medida que ha servido este ciudadano ejemplar de los Estados Unidos.

En la breve y magnífica historia de esa nación, junto a las figuras de sus hombres de ciencia, de sus grandes artistas, de sus filósofos, y de sus educadores, emergen como atalayando su panorama histórico político, de significación universal. Yo estoy pensando en Jorge Washington, el libertador; en Abraham Lincoln, el unificador de su pueblo en los principios humanos; y en Franklin Dé-lano Roosevelt, el precursor de una nueva humanidad más justa.

Estas tres ilustres figuras de los Estados Unidos, señalan corrientes de pensamiento comunes

a los hombres de todas las latitudes y se constituyen en intérpretes de su época, más allá de ser líderes de su propio pueblo.

ROOSEVELT, EL HOMBRE

Más que trazar la biografía de Franklin Dé-lano Roosevelt, permitidme que en este homenaje a su memoria, yo diga algunas palabras relativas al hombre que acabamos de perder, porque Roosevelt, más que ciudadano de los Estados Unidos, era el americano por excelencia, el ciudadano del mundo de mañana, por convicción y por conducta.

Ni la holgura ni el privilegio en que nació lo alejaron jamás del HOMBRE, su semejante, al que sirvió hasta sus últimos instantes.

Tuve el privilegio de escucharlo por primera vez en la Casa Blanca de Washington, con motivo de la clausura de la Conferencia Internacional del Trabajo, realizada en Nueva York, en noviembre de 1941. En aquella oportunidad habló a los delegados de los diferentes países que habíamos concurrido a los Estados Unidos para estudiar y analizar las cuestiones relativas al trabajo y a la seguridad social. Todavía la tradición japonesa no había producido Pearl Harbor y eran aquellos días de intensas conferencias en Washington. No obstante, esas circunstancias, y el hecho de haberse constituido ya aquella gran nación en el "arsenal de las democracias" movilizando todos sus recursos materiales y morales para abastecer los frentes de los pueblos que luchaban contra el fascismo el Presidente Roosevelt se dejó tiempo para recibir en su casa de Gobierno y para hablar a los delegados que allí nos congregamos.

No es hora de reproducir sus palabras de ese día, apretadas de optimismo respecto del destino del hombre sobre la tierra, porque ese ha sido el tono general de los discursos del Presidente Roosevelt desde que sus palabras han corrido por la tierra entera. Pero yo guardo de aquella sesión un recuerdo imperecedero: la sonrisa, los ojos, la voz, la presencia, del gran Mandatario que hemos perdido los hombres del hemisferio, los hombres de todo el mundo.

No he conocido una sonrisa ni otros ojos que expresasen una mayor suma de bondad y de inteligencia que los del ilustre Presidente. Más allá de su aspecto enfermizo, en la mirada de Roosevelt se expresaba una voluntad de servir y de vivir y de triunfar por encima de sí mismo, por encima del hombre mortal que completaba su extraordinaria, su genial personalidad de político, de estadista, de conductor de pueblos.

Creo no haber oído en el curso de mi vida, una voz más humana, más completa en sus tonalidades, más sugerente, que la del Presidente Roosevelt.

Esta impresión la conservo fresca y viva como la recibí aquel día en la Casa Blanca. Por eso, excusadme que recuerde hoy en este homenaje a uno de los más altos valores que la humanidad ha producido.

ROOSEVELT Y LA POLITICA DE BUENA VECINDAD

Alguien, en su hora deberá hacer la interpretación de la obra generosa de Roosevelt como

gobernante, como político, como estadista, como hombre, como amigo.

Pero nosotros, los americanos del Sur, los que habitamos países débilmente evolucionados en su economía, los que seguimos siendo vasallos del gran capital financiero, los que muchas veces hemos sufrido ultrajes a nuestra independencia y personalidad de pueblos libres de parte de algunos ex gobernantes de los Estados Unidos, tenemos con el Presidente que hoy recordamos, una inmensa deuda de gratitud. El hizo posible y practicó la política de la "buena vecindad". Combatido en el interior de su país por los imperialistas y los reaccionarios que sólo ven al Sur del Río Bravo centros explotables de materias primas y pequeños mercados para las manufacturas de la gran metrópoli, Roosevelt hizo triunfar, por encima de ellos, un concepto y una política para acercar a los pueblos del hemisferio en un plano de igualdad y de convivencia decente, favoreciendo el desarrollo de nuestras industrias y fortaleciendo un intercambio de productos y de pensamientos y de sentimientos, como nunca se había alcanzado en el curso de la historia americana.

En los últimos años logró vencer toda suerte de prejuicios y consolidar la política de la buena vecindad, que habrá de ayudar en el futuro no sólo a robustecer la amistad y la solaridad de nuestros pueblos, sino a levantar de una manera más acelerada el progreso social y los niveles de vida de nuestras masas laboriosas.

ROOSEVELT Y LA GUERRA ACTUAL

Gobernante de fina sensibilidad, demócrata sincero y fiel a las altas tradiciones de su pueblo, el Presidente Roosevelt comprendió desde el primer momento el carácter y las proyecciones del actual conflicto provocado por el fascismo. Amigo del hombre y defensor de los bienes, que la civilización y la cultura han creado a lo largo de los siglos, vió desde el primer instante en la conducta de Hitler y sus comparsas, una amenaza para la continuidad del progreso humano, para la libertad y la justicia.

De ahí por qué, consecuentemente, se colocó a la cabeza de su pueblo para dirigir la lucha de las Naciones Unidas contra el Eje nazi-fascista-japonés. No hubo en su conducta una sola vacilación desde que Alemania invadió Polonia y fué sojuzgando a diversos pueblos de la Vieja Europa. La caída de Francia y la terrible amenaza sobre Gran Bretaña en 1940, no lo hicieron sino acelerar la producción para que el "arsenal de las democracias" ayudase a las naciones oprimidas a resistir el fascismo y, finalmente, a derrotar al fascismo. Al producirse la invasión de Rusia el 22 de junio de 1941, Roosevelt se adelantó a colocar los recursos bélicos que Estados Unidos producía al alcance de su futura gran aliada. Y de esta manera, producido Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, su país se halló en pie de guerra y pudo responder golpe por golpe a los invasores japoneses.

Como un vigía de los pueblos, no sólo de América, sino del mundo entero, el gran Presidente Roosevelt ha permanecido durante los últimos seis años a la vanguardia de los acontecimientos. Cambiando ideas y planes con sus aliados

ingleses, rusos, chinos, franceses, vinculando las naciones en el esfuerzo por la victoria final, acercando voluntades. Todas sus horas, toda su voluntad, todas sus energías, toda su inteligencia, estaban concentradas en la idea de ganar la guerra a los bárbaros, acercar la victoria total para hacerla menos dolorosa y organizar la reconstrucción postbélica.

En esta noble tarea lo ha sorprendido la muerte. En la víspera del colapso alemán, y de la Conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco.

ROOSEVELT Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Tuve la suerte de verlo, por última vez, a principios de marzo de 1943 a petición de dos amigos míos, dirigentes del movimiento obrero de Estados Unidos, los compañeros William Green, Presidente de la Federación Americana del Trabajo, y Phillip Murray, del Congreso de Organizaciones Industriales. Ellos me llevaron una mañana a la presencia del gran Presidente. Nunca olvidaré el trato cordial y amistoso que prodigó a sus antiguos amigos y la actitud cordialísima que observó con el modesto dirigente obrero de Chile. Fueron sus primeras palabras para acordarse de nuestro país y para decirme que, en 1939, preparaba su equipaje para venir a Chile a pasar unas breves vacaciones entre nuestras montañas, a la orilla de nuestros lagos; cuando la guerra de Hitler retardó sus planes, pero que vendría una vez que ella terminara.

¡Desgraciadamente, ya no podrá venir!

Fueron aquellos 15 minutos inolvidables en mi vida de hombre y de ciudadano de Chile, 15 minutos plenos de enseñanza y de cordialidad que viven en mi recuerdo siempre, especialmente esta tarde en esta acongojada asamblea.

Yo sé el esfuerzo que el gran Presidente hizo para dar trabajo pleno a los obreros de su patria, para crear seguridad social en su gran Nación, para extender los beneficios mismos del bienestar y de la cultura a las inmensas masas laboriosas de ese país. Por eso era querido no sólo por el pueblo y por los trabajadores norteamericanos; su conducta ha obtenido, con su prestigio, la voluntad y el cariño del alma de todos los pueblos y de todos los trabajadores del mundo, que hoy deben estar, como nosotros en esta tarde aquí, recordando a su amigo, a su benefactor, a su guía, a su conductor, con la devoción y la angustia con que nosotros lo estamos haciendo.

De ahí por qué, señor Presidente, quiero asociarme en nombre de los trabajadores de Chile a este homenaje que la Honorable Cámara rinde a la memoria de Franklin Delano Roosevelt, muerto ayer y levantado hoy en la historia por la consagración del respeto de todo los hombres de la tierra, por los siglos de los siglos, y declaro, además, que hemos de votar, con cariño, cumpliendo un sagrado deber, el mensaje que el señor Presidente de la República ha enviado a esta Honorable Cámara para rendir homenaje al gran Presidente Roosevelt.

El señor QUINTANA (Ministro del Interior).— Pido la palabra.

El señor SANTANDREU (Presidente).— Tiene la palabra el señor Ministro del Interior.

El señor QUINTANA (Ministro del Interior).— Señor Presidente, Excelentísimo señor Embajador de Estados Unidos de Norte América:

En nombre del Supremo Gobierno y del pueblo de Chile, me adhiero al homenaje que el Parlamento y los representantes de todos los partidos acaban de rendir a uno de los más grandes hombres que haya producido la humanidad: el señor Presidente de Estados Unidos de Norte América, Franklin Déano Roosevelt.

Ayer el mundo se estremeció ante la fatal noticia y en todas partes los hombres repitieron, enternecidos y conmovidos: "Murió Roosevelt"; y en esta lacónica frase, pronunciada con honda emoción, se expresaba la angustia de quienes luchan por la libertad y por la organización de una sociedad mejor, ante el desaparecimiento de quien cristalizaba todas las esperanzas.

Para el pueblo y el Gobierno de Chile la muerte de Franklin Déano Roosevelt constituye un duelo nacional, porque él supo comprender la grandeza basada en la sincera y fraternal unidad de nuestro continente y trató, aún a costa de su propia vida, de transformar ese sueño en realidad.

En el Presidente Roosevelt convergieron Don Quijote y Hamlet: éste lo hacía pensar y aquél lo impulsaba a la acción, por lo que, con toda justicia, puede considerársele como la más alta síntesis a que haya llegado el espíritu humano.

Por eso, el Gobierno y el pueblo de Chile rinden este homenaje póstumo a su memoria imborrable, y hacen votos por que su recuerdo y su ejemplo inspiren la acción de los gobernantes que han de dar mañana la paz al mundo, y constituyen el símbolo de unión de todos los hombres que creen en la democracia y en la libertad.

2.—DECLARACION DE DUELO NACIONAL CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE MR. FRANKLIN DELANO ROOSEVELT EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE TE AMERICA.— AUTORIZACION A S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA PARA ORDENAR LA ERECCION DE UN MONUMENTO A SU MEMORIA.

El señor SANTANDREU (Presidente).— Solicito el asentimiento de la Honorable Cámara para eximir del trámite de Comisión y tratar sobre tabla el proyecto de ley del Honorable Senado, originado en un mensaje del Ejecutivo por el cual se autoriza a S. E. el Presidente de la República para declarar duelo nacional con motivo del fallecimiento de Mr. Franklin Déano Roosevelt, ex Presidente de Estados Unidos de Norte América, y al mismo tiempo para ordenar la erección, por suscripción popular, de un monumento destinado a perpetuar la memoria de este ilustre Mandatario.

Si le parece a la Honorable Cámara, así se acordaría.

Acordado.

El señor SECRETARIO.— Dice el Mensaje de S. E. el Presidente de la República:

"CONCIUDADANOS DEL SENADO Y DE LA CAMARA DE DIPUTADOS:

El Gobierno de la República considera que la súbita muerte de Franklin Déano Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos de Norte América, constituye un duelo que no sólo enluta a la Gran Nación que lo contara entre sus más eminentes ciudadanos, sino a todas las de la tierra, incluso

a las que aún continúan viviendo bajo el terror y la opresión.

El desaparecimiento de la alta esfera universal del gran Apóstol de la Democracia moderna significa la mayor pérdida que puede afligir a las Naciones Unidas y a todos los pueblos libres del mundo amantes de la paz.

La magna figura del Presidente Roosevelt llegó a ser el símbolo de la democracia de los pueblos grandes y pequeños que luchan por la libertad y la dignificación humanas, en mérito de que él formulara ese verdadero Evangelio que se ha llamado de las Cuatro Libertades, en justo merecimiento al inspirador y signatario de la Carta del Atlántico y de los acuerdos de Teherán y de Crimea; en legítima retribución por haber logrado reemplazar la desconfianza entre las naciones por un espíritu de entendimiento pacífico, en altos planos de solidaridad y cooperación, inductivos al mejoramiento de la vida de los hombres.

Nuestra patria, y en forma muy especial este Gobierno, tuvieron el honor y la excepcional ventura de encontrar en el ilustre ex Mandatario un amigo tan sincero como comprensivo e invariable, que jamás escatimó para Chile la ayuda material de su poderosa colectividad y el estímulo espiritual de su inmensa fe en el triunfo de los ideales de progreso humano sobre la violencia, la tiranía y la injusticia.

Comprendió el gran Presidente la historia honorable y altiva de nuestro pueblo, pequeño en superficie y población, modesto en recursos y realizaciones materiales, pero siempre rico en sustancia histórica, en tradición democrática, en espíritu cívico, en obediencia a la ley, en respeto a las instituciones republicanas, y por sobre todo en la escrupulosa observancia de sus compromisos internacionales, en su fe de adhesión a la solidaridad americana y al imperio de la razón y de la justicia.

A Chile, pues, conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados, aflige hoy, como a Norte América, como a Gran Bretaña, como a la Unión Soviética, como a China y a Francia, como a todos los pueblos que aman a la libertad y luchan por ella, un verdadero duelo nacional.

La Nación entera siente como propio el dolor por la pérdida de esta inestimable figura de nuestro tiempo, que entra en el Panteón de la Historia con los caracteres de los Héroes de la Humanidad.

En mérito de las consideraciones que preceden vengo en someter a vuestra consideración, para que sea tratado en la presente legislatura y en sesión especial, que para tales efectos me permito pedir a V. E., el siguiente

PROYECTO DE LEY:

"Artículo 1.º— Autorízase al Presidente de la República para decretar duelo nacional en homenaje a la memoria del que fuera ilustre Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Déano Roosevelt.

Artículo 2.º— Autorízase al Presidente de la República para ordenar la erección, por suscripción popular, de un monumento a perpetuar la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Déano Roosevelt. Esta ley empezará a regir desde su publicación en el "Diario Oficial".— (Fdos.)— J. A. Ríos. —

Joaquín Fernández F. Santiago, abril 13 de 1945."

Dice el proyecto de ley aprobado por el Honorable Senado:

Artículo 1.º— Autorízase al Presidente de la República para decretar duelo nacional en homenaje a la memoria del que fuera ilustre Presidente de Estados Unidos de Norte América, Franklin Déléano Roosevelt.

Artículo 2.º— Autorízase al Presidente de la República para ordenar la erección, por suscripción popular, de un monumento destinado a perpetuar la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Franklin Déléano Roosevelt. Esta ley empezará a regir desde su publicación en el "Diario Oficial".

El señor SANTANDREU (Presidente). — En discusión general el proyecto de ley.

Ofrezco la palabra.

Ofrezco la palabra.

Cerrado el debate.

En votación.

Si le parece a la Honorable Cámara, se daría por aprobado en general este proyecto de ley.

Aprobado.

Como no se han presentado indicaciones, quedará también aprobado en particular, si a la Honorable Cámara le parece.

Acordado.

Terminada la discusión del proyecto.

Se levanta la sesión

—Se levantó la sesión a las 19 horas y 40 minutos.

ENRIQUE DARROUY P.,

Jefe de la Redacción.